

TCHAIKOVSKI



MUSICA

Y

PASION

por Israel Peña

Especial para "ELITE".

Si se promoviera una encuesta pública, nacional o intercontinental, con el objeto de averiguar cuál es el más popular y celebrado de los músicos rusos de la segunda mitad del siglo XIX a lo que va del actual, no vacilaríamos en predecir que resultaría una abrumadora mayoría de opiniones a favor de Pietro Ilich Tschaikowsky. Y esto tienen que reconocerlo aún aquéllos que prefieren a otros autores rusos contemporáneos o sucesores del mismo. Hay quien atribuye esta celebridad al auge que la música de Tschaikowsky alcanzó desde sus primeras audiciones —aún en vida del compositor— en los Estados Unidos, país de influencia universal, e influencia que, además, una vez popularizados la radio y el cine, se multiplicó desmesuradamente en el mundo y sobre todo en la América Latina. Se agrega a esta opinión un concepto sobre el público norteamericano por el cual se le tacha de infantil y de rudimentario en sus gustos. Es esta una generalización viciosa que alcanza absurdamente a un sin número de oyentes tan devotos de Ricardo Wagner y de Juan Brahms como de Strawinsky y de Hindemith. Tschaikowsky resulta más popular y gustado del gran público no sólo de los Estados Unidos, sino de cualquier otro país, que todos y cada uno de los cuatro compositores que hemos citado sólo como ejemplo para rebatir esa opinión. ¿Y por qué?, se preguntará. sencillamente porque la música de Tschaikowsky es más gustable, entendiéndolo por gustable aquello que con menor dificultad llega al gusto general. La música de Tschaikowsky posee tres cualidades irresisti-

mentación y el manejo de los timbres revelan una maestría extraordinaria e indiscutible. El dominio del elemento color y el ingenio orquestal bastarían pues, a nuestro juicio, para salvar el nombre de Tschaikowsky del olvido.

Pero si el Tschaikowsky compositor es tan admirado de los públicos del mundo, si su música es de las favoritas y más conocidas de la mayoría de los oyentes de concierto, su vida ha interesado poco a esos mismos admiradores. Es, puede decirse, desconocida de casi todos sus devotos. ¿Cuál será la razón de tan poco interés? Acaso el hecho de que Tschaikowsky —no obstante haber nacido en 1840, en pleno periodo romántico— vino a desarrollar propiamente su talento de compositor fuera de ese periodo en que autores y obras se agitaban por igual como el condenado y las llamas. Por más sencilla que pudiera ser en esa época de exacerbación romántica la vida de un músico, bastaba el que estuviera simplemente enamorado o enfermo o pobre para que una oleada de leyenda invadiera la imaginación de sus contemporáneos rodeándole de un halo de fatalidad y de martirio. Cada romántico tiene, pues, para los públicos de entonces su calvario, agotándose así lo que pudiera llamarse la novela personal de los artistas. Tschaikowsky se hizo compositor pasado ya esa época de convulsionismo sentimental. Sólo su música ha sido capaz de interesar a las generaciones que le siguieron.

Y sin embargo, vista con un poco de atención, la vida de Tschaikowsky desgarró la órbita de lo corriente, se escapa de esa claridad franca y natural en que se muestran las celebridades, alarcándose ha-



por Israel Peña

Especial para "ELITE".

Si se promoviera una encuesta pública, nacional o intercontinental, con el objeto de averiguar cuál es el más popular y celebrado de los músicos rusos de la segunda mitad del siglo XIX a lo que va del actual, no vacilaríamos en predecir que resultaría una abrumadora mayoría de opiniones a favor de Pietro Ilich Tschaikowsky. Y esto tienen que reconocerlo aún aquéllos que prefieren a otros autores rusos contemporáneos o sucesores del mismo. Hay quien atribuye esta celebridad al auge que la música de Tschaikowsky alcanzó desde sus primeras audiciones —aún en vida del compositor— en los Estados Unidos, país de influencia universal, e influencia que, además, una vez popularizados la radio y el cine, se multiplicó desmesuradamente en el mundo y sobre todo en la América Latina. Se agrega a esta opinión un concepto sobre el público norteamericano por el cual se le tacha de infantil y de rudimentario en sus gustos. Es esta una generalización viciosa que alcanza absurdamente a un sin número de oyentes tan devotos de Ricardo Wagner y de Juan Brahms como de Strawinsky y de Hindemith. Tschaikowsky resulta más popular y gustado del gran público no sólo de los Estados Unidos, sino de cualquier otro país, que todos y cada uno de los cuatro compositores que hemos citado sólo como ejemplo para rebatir esa opinión. ¿Y por qué?, se preguntará. sencillamente porque la música de Tschaikowsky es más gustable, entendiéndolo por gustable aquello que con menor dificultad llega al gusto general. La música de Tschaikowsky posee tres cualidades irresistibles al oído y al sentimiento: melodía, ritmo y color. La melodía tschaikowskiana es, aunque no siempre original, fluida y elegante, de fácil captación. Se la puede llamar también intensa por su marcado expresionismo, sea alegre o triste, reflexiva o superficial. Por último el elemento color se acusa en Tschaikowsky mayormente en sus obras para orquesta y en sus conciertos, en donde la riqueza de la instru-

mentación y el manejo de los timbres revelan una maestría extraordinaria e indiscutible. El dominio del elemento color y el ingenio orquestal bastarían pues, a nuestro juicio, para salvar el nombre de Tschaikowsky del olvido.

Pero si el Tschaikowsky compositor es tan admirado de los públicos del mundo, si su música es de las favoritas y más conocidas de la mayoría de los oyentes de concierto, su vida ha interesado poco a esos mismos admiradores. Es, puede decirse, desconocida de casi todos sus devotos. ¿Cuál será la razón de tan poco interés? Acaso el hecho de que Tschaikowsky —no obstante haber nacido en 1840, en pleno período romántico— vino a desarrollar propiamente su talento de compositor fuera de ese período en que autores y obras se agitaban por igual como el condenado y las llamas. Por más sencilla que pudiera ser en esa época de exacerbación romántica la vida de un músico, bastaba el que estuviera simplemente enamorado o enfermo o pobre para que una oleada de leyenda invadiera la imaginación de sus contemporáneos rodeándole de un halo de fatalidad y de martirio. Cada romántico tiene, pues, para los públicos de entonces su calvario, agotándose así lo que pudiera llamarse la novela personal de los artistas. Tschaikowsky se hizo compositor pasado ya esa época de convulsionismo sentimental. Sólo su música ha sido capaz de interesar a las generaciones que le siguieron.

Y sin embargo, vista con un poco de atención, la vida de Tschaikowsky desgarró la órbita de lo corriente, se escapa de esa claridad franca y natural en que se muestran las celebridades, alargándose hacia penumbras repentinas e insospechadas. No obstante sus dones de gran músico denotaban escasa voluntad, se exasperaba con los fracasos, se decía y repetía —a sí mismo y a los demás, en incontables ocasiones que no valía gran cosa como compositor. Y he aquí que de este perpetuo descontento de su obra nace una fuerza de superación. El gran músico se desarrolla lentamente bajo su propia mirada. Su sentido autocrítico lo va elevando, poco a poco hacia una altura a la cual él mismo en sus vacilaciones y en sus desesperanzas jamás soñó llegar.

Pero con todo, no logra alcanzar ni la felicidad ni la calma. Su naturaleza estará siempre torturada por una especie de pasión secreta, de morbo a un tiempo espiritual y físico contra el que nada puede. Hay quienes dicen que en la "Sinfonía Patética" —la mejor y la más lograda de sus creaciones— está esa confesión que las más elocuentes y desgarradoras palabras no hubieran alcanzado a expresar. Sin duda alguna allí muestra Tschaikowsky su personalidad en la cumbre. El que otros quieran ver en ello una revelación humana no le da ni le quita nada a esa Sinfonía. Puede dársele, si, el valor de una confesión —la confesión del artista que se encuentra al fin a sí mismo y que ya una vez dicho todo en música, se calla y muere. La obra fué estrenada en Moscú el 28 de octubre de 1893. Nueve días más tarde, el 6 de noviembre, moría Tschaikowsky. La "Sinfonía Patética" tiene, pues, la importancia de una revelación suprema, de la última palabra de un hombre anormal y torturado que vivió luchando contra su propio demonio, claro que sin vencerlo, pero también sin darse por vencido.

VIGOR

AMINAL

R T I F I C A